

“UNA HERMENÉUTICA DE CONTINUIDAD EN DEFENSA DE LA FAMILIA”
PONENCIA DEL ARZOBISPO CHRISTOPHE PIERRE, NUNCIO APOSTÓLICO
2º CONGRESO BINACIONAL PROFAMILIA Y PROVIDA
EL PASO, TEXAS
29 DE ABRIL DE 2017

Introducción

Con gran satisfacción me uno a ustedes en este Congreso binacional profamilia y provida. En primer lugar, quiero agradecer al Excmo. Sr. Obispo D. Mark Seitz de El Paso su afectuosa bienvenida y al Excmo. Sr. Obispo D. Oscar Cantú de Las Cruces, su ayuda en la promoción de este evento. A ambos, quienes tanto compromiso con el movimiento profamilia y provida han demostrado, gracias por estar hoy entre nosotros.

Como representante del Santo Padre en los Estado Unidos, quiero expresarles su gran cercanía personal con ustedes en su continua labor de defensa del don de la vida humana, la familia y la libertad religiosa. También saludo a todos aquellos que nos siguen desde México, a los que me une un lazo muy especial, tras los nueve años de servicio como nuncio apostólico en su tierra. Les saludo con una profunda alegría del corazón, y pido para que bajo el manto de la Virgen de Guadalupe, también ustedes puedan continuar con la labor de promoción de la dignidad de la persona y la vida de familia, que tan importantes son para vuestra (nuestra) forma de vida!

En tanto que Católicos, pertenecemos a una viva Tradición de fe- una fe que cada generación transmite a la siguiente. Esta transmisión de la fe se hace cada vez más difícil, especialmente cuando la perspectiva cultural sobre la vida y la familia está cambiando tan drásticamente. Ya diez años atrás, los obispos de Latinoamérica reconocían este cambio, y las palabras que entonces nos transmitieron, mantienen hoy la misma validez para la actual Iglesia de los Estados Unidos:

Nuestras tradiciones culturales ya no se transmiten de una generación a otra con la misma fluidez que en el pasado. Ello afecta, incluso, a ese núcleo más profundo de cada cultura, constituido por la experiencia religiosa, que resulta ahora igualmente difícil de transmitir a través de la educación y de la belleza de las expresiones culturales. Dicha dificultad alcanza a la familia misma, que, en tanto lugar de diálogo y de solidaridad intergeneracional, ha sido uno de los más importantes vehículos de transmisión de la fe. (V Conferencia General del Episcopado Latinoamericano y del Caribe, Documento conclusivo, CELAM, Aparecida 2007, n. 39.)

Los tres últimos Papas, han reconocido las amenazas tanto a la familia como, consecuentemente, a la transmisión de la fe. Y cada uno de ellos ha aportado algo a la tradición de la Iglesia en los ámbitos del matrimonio y de la vida familiar.

La obra del Papa Juan Pablo II es demasiado vasta para poder aquí explorarla en profundidad. Pero su “Teología del Cuerpo” constituye un esfuerzo único por ayudar al hombre y a la mujer contemporáneos a apreciar el don de la sexualidad humana, el cuerpo, y las dimensiones personales del matrimonio. El Papa Benedicto XVI, en continuidad con su predecesor, exploró la cuestión del amor en *Deus Caritas Est*, y en *Caritas in Veritate*, desarrolló la idea de una “ecología humana”, que presentó la defensa de la vida humana como el verdadero signo de desarrollo. El Papa Francisco quiere destacar la importancia de la familia para la transmisión de la fe, la necesidad de ser más acogedores – con la vida, con los inmigrantes, con las personas que sufren situaciones difíciles; y finalmente pide a la Iglesia que

acompañe a las familias, y las conduzca hacia una cercanía con el Dios de la Misericordia. Cada uno de estos Papas nos exhorta a vivir con agradecimiento los dones de la sexualidad humana y la vida de familia, así como a permanecer incansables en nuestra defensa de los dones de Dios.

San Juan Pablo II: “Teología del Cuerpo”

De suyo, lo que Juan Pablo II nos ha planteado en sus catequesis no es solo una visión renovada de la sexualidad humana y el matrimonio, sino una visión renovada del hombre y de la mujer como imagen de Dios y, por implicación, una visión renovada de la doctrina católica completa. A través del prisma del matrimonio y el amor conyugal, el Papa nos plantea un redescubrimiento de quién es Dios, quién es Cristo, qué es la Iglesia y quiénes somos nosotros mismos. La riqueza que contienen tiene, así, el potencial para renovar el matrimonio, la familia y la vida entera de la Iglesia y del mundo.

El inicio de este importante esfuerzo podemos ubicarlo en la primera publicación de Karol Wojtyła sacerdote, llamada *Amor y Responsabilidad*, y también en su obra teatral, *El Taller del Orfebre* (1960). Su preocupación fundamental en ambas, fue mostrar que el amor no podía reducirse a emociones; más bien debía encontrar su fundamento en la capacidad humana de captar la verdad religiosa, moral y ontológica del encuentro y de la auto-entrega del hombre en el matrimonio cristiano, expresado en un dinamismo en el que Dios es partícipe, autor, creador y redentor. La sexualidad, más allá de naturaleza y cultura, es participación en el Amor Divino.

El contexto histórico-cultural de la “*Teología del Cuerpo*” (ó “*Teología sobre el Amor Humano*”), es la crisis de la modernidad en donde la revolución sexual había agudizado las cuestiones que creaban mayores controversias en torno a la definición de “libertad” en el mundo desarrollado. Incluso el Papa Pablo VI trató de responder a dichos *signos de los tiempos* con la Encíclica *Humane Vitae* que, sin embargo, fue poco escuchada. Así que Juan Pablo II, desde el inicio de su Pontificado se dio a la tarea de mostrar la verdad de las situaciones e instituciones humanas a la Luz del Evangelio, a través de las catequesis que impartió entre septiembre de 1979 y noviembre de 1984, en las tradicionales Audiencias de los miércoles, en la Plaza San Pedro.

Fue a partir del gran marco de la experiencia del ser humano como *ser en relación*, -un ser ontológicamente vinculado al Otro (Dios), a los otros (seres humanos), y a lo otro (la creación)- que el Papa Juan Pablo II desarrolló sus enseñanzas, exponiendo ampliamente el misterio del amor humano, incluyendo obviamente la participación del hombre en la procreación con todas sus causas y efectos. Habló así del ser varón y del ser mujer, de la dignidad y complementariedad entre éstos, de su participación en la donación con el plan del Creador, de la naturaleza y dimensiones del matrimonio, de la primera identidad personal en el ser sexuado, de la familia, etc.

La “*Teología del Cuerpo*” como reflexión sistemática, surge, por tanto, de la preocupación de Juan Pablo II por, en primer lugar, mostrar al hombre lo que es su cuerpo, instrumento que actualiza la persona para el amor, es decir, el espacio o lugar en el que se manifiesta el valor divino de la persona humana; y en segundo lugar por la necesidad de establecer un marco para una verdadera antropología Cristiana.

Para Juan Pablo II, la visión dualista que separa al cuerpo del alma y que tiende a condenar al primero y a exaltar a la segunda, es totalmente falsa y dañina. Es cierto que lo espiritual tiene prioridad sobre lo material. Pero también es cierto que “El hombre, siendo a la vez corporal y espiritual, expresa y percibe las realidades espirituales a través de signos y símbolos materiales” (Catecismo de la Iglesia Católica, 1146). Por ello Cristo instituyó los

sacramentos, que son “signos eficaces de la gracia, instituidos por Cristo y confiados a la Iglesia a través de los cuales se nos da la vida divina” (Ibid, 1131). En concreto, el Hijo Eterno de Dios se encarnó y asumió una naturaleza humana; lo que significa que, Él es unidad de alma y cuerpo para darnos a conocer al Padre y para, al mismo tiempo, salvarnos del pecado y de la muerte (cfr. Jn 1,14; Filip 2,5-8; Hebr 10,5-7; Catecismo de la Iglesia Católica, 461-462).

La de Juan Pablo II es, por tanto, una visión positiva de la realidad material que encontramos ya en la primera página de la Biblia, en la que vemos cómo Dios reveló a su Pueblo Israel, por medio de hermosos símbolos cargados de profundas verdades religiosas y morales, la bondad de la Creación, tanto material como espiritual, de la cual Él es el Autor: “*Y vio Dios que era bueno ... muy bueno*” (Gén 1,4, 10, 12, 14, 18, 21 y 31).

La cultura contemporánea también ha caído en una visión errónea de la sexualidad humana y del cuerpo. Sin embargo, esta obsesión con la sexualidad y el cuerpo en realidad no proviene de una excesiva valoración de estas dimensiones de la persona humana. Al contrario, la hipersexualización de nuestra sociedad moderna tiene su causa en una infravaloración de la sexualidad humana. La actual obsesión con el sexo tiene su raíz en el vacío de amor que sufre por haber abandonado a Dios. La gente ha sustituido la búsqueda del verdadero amor (humano y divino) por el placer efímero que proporcionan las relaciones sexuales. Situación que lleva a una mayor vaciedad que, a su vez, conduce a caer en la misma frustración una y otra vez o, incluso, a caer en los excesos más abominables y absurdos. Todo ello demuestra que el error de la cultura contemporánea no está en la exagerada valoración del cuerpo y de la sexualidad, sino al contrario, en no caer en la cuenta, como ha dicho el propio Juan Pablo II, que se trata de un “*valor que no es suficientemente apreciado*” (Catequesis del 22.X.1980); en no apreciar suficientemente el valor que Dios mismo le ha dado a la sexualidad humana, al matrimonio y al amor conyugal, la gente vaga buscando el placer por sí mismo, desvinculado éste del verdadero amor, del verdadero gozo, de la vida y de la familia.

La tarea, por tanto, que los cristianos tenemos ante nosotros no es ni la de regresar a un rigorismo inútil que no conduce a nada, ni tampoco la de transigir con el hedonismo actual, so pretexto de un presunto y falso “ponerse al día”. No son la Iglesia y el Evangelio los que tienen que conformarse al mundo de hoy, es el mundo de hoy el que tiene que ser conformado por Cristo. Pero, para lograrlo, hace falta un redescubrimiento del Evangelio (la buena y gozosa noticia, como dice el Papa Francisco) de Dios sobre el amor conyugal, la sexualidad humana y la vida que surge del matrimonio, es decir, de la familia; y todo ello en total fidelidad a la fe de la Iglesia.

En el desarrollo de toda esta reflexión, descubrimos numerosas ideas claves que ayudan a vislumbrar su importancia y belleza; ideas que, sin embargo, deben interiorizarse para que todo varón y mujer, comprendiéndolas en su esplendor y valor, las viva. De entre ellas revelemos aquí solo algunas:

- Que el cuerpo no es un simple “contenedor”, sino un medio en donde se hace visible lo invisible, lo humano y su participación de lo divino.
- Que la realización del ser humano depende del entregarse, de su donación, no de afirmar el propio yo, no de su auto-referencialidad y autosuficiencia. Así, el “pecado original” sólo puede entenderse como el infringir la ley del don de sí que llevamos dentro, convirtiendo al otro entonces en un simple objeto.
- Que el matrimonio es la experiencia humana que empieza a hacer que Dios sea comprensible para el ser humano, al introducirnos a la experiencia de una comunión total, personal y gratuita.
- Que en el sacramento del matrimonio los esposos son ministros de la gracia de Dios, y el “lenguaje del cuerpo” en el amor marital, es la manera que tiene la pareja de llevar a cabo

“el diálogo conyugal” adecuado al matrimonio como vocación.

- Que Dios creó al hombre: varón y mujer; seres corpóreos, dotados de sexualidad y destinados a vivir en complementariedad, participando de un amor más grande.
- Que lejos de prohibir el eros, la ética de la Iglesia lo libera para una espontaneidad plena y madura, donde la atracción perenne entre los sexos encuentra su realización en la entrega y la afirmación mutua de la dignidad de cada miembro de la pareja.
- El celibato debe ser fructífero y llevar a la paternidad y a la maternidad espirituales, como lo hace el matrimonio a través de la procreación, el sustento y la educación de los hijos.

Como puede apreciarse, la profundidad y actualidad perenne de estas ideas fundamentales sobre el cuerpo, su expresión y significado, son un mosaico precioso que, con la Gracia de Dios, pueden indudablemente ayudar muchísimo hoy y en el futuro, a presentar la verdad y belleza del ser humano *en relación, en donación*, en la participación de la capacidad del amor que Dios mismo nos infunde para vivir en Él.

Resalta, por tanto, la importancia de que, particularmente los discípulos misioneros de Jesús, tomemos en nuestras manos los textos de las catequesis del Papa Juan Pablo II, los meditemos, estudiemos, asimilemos, vivamos y difundamos.

Benedicto XVI: Amor, responsabilidad social y economía humana.

La “*Teología del Cuerpo*” influyó fuertemente la expresión de la enseñanza de la Iglesia sobre el matrimonio y la sexualidad en el Catecismo de la Iglesia Católica, el Código de Derecho Canonico, La Carta a Las Familias y la Exhortación Apostólica *Familiaris Consortio*.

Durante gran parte del pontificado de Juan Pablo II, el Cardenal Joseph Ratzinger fue el Prefecto para la Congregación de la Doctrina de la Fe. Como destacado teólogo y “*hombre de Iglesia*”, era consciente de los cambios antropológicos y culturales que ocurrían en la sociedad. Tras la muerte del Papa Juan Pablo II, nos advirtió de “la dictadura del relativismo”. Su elección como Papa en abril 2005, con el nombre de Benedicto XVI, supuso una gran continuidad con respecto al pensamiento de Juan Pablo II sobre la persona, el matrimonio y la vida de la familia.

Sin embargo, muchos se sorprendieron cuando Benedicto XVI eligió el tema del ‘amor’ para su primera encíclica *Deus Caritas Est*. La carta encíclica comienza con las palabras de la *Primera Carta de San Juan*: “Dios es Amor y quien permanece en el amor permanece en Dios y Dios en él.” (1 John 4:16)

La “*Teología del Cuerpo*” explica el amor como entrega total y renuncia para formar una comunión de personas. La primera parte de la Encíclica *Deus Caritas Est* ofrece una reflexión teológico-filosófica sobre el amor en sus diversas manifestaciones, concretamente *eros, philia, ágape*. El término ‘amor’ es una de las palabras más usadas y abusadas en el mundo de hoy. Entre la multiplicidad de significados emerge uno en particular: “como arquetipo por excelencia, el amor entre el hombre y la mujer, en el cual intervienen inseparablemente el cuerpo y el alma, y en el que se le abre al ser humano una promesa de felicidad que parece irresistible” (Benedict XVI, Encyclical *Deus Caritas Est*, 25 December 2005, 2). Este era el *eros* de la antigua Grecia. Mientras que, en la Biblia, y sobre todo en el Nuevo Testamento, el concepto de ‘amor’ se hace profundo –pareciera que el término *eros* es dejado al margen, en favor del término *ágape*, que expresa el amor como oblación.

Pero como ya hemos dicho, lejos de prohibir el eros, la ética de la Iglesia lo libera y lo purifica. Pero el modo de exaltar el cuerpo que hoy constatamos resulta engañoso. El eros, degradado a puro «sexo», se convierte en mercancía, en simple «objeto» que se puede

comprar y vender; más aún, el hombre mismo se transforma en mercancía. (cf. *DCE*, 5).

El dualismo cuerpo/alma lleva al hombre a ver en su cuerpo un instrumento a utilizar y a explotar. El Papa Benedicto, en consistencia con la *“Teología del Cuerpo”*, afirma que “la fe cristiana, por el contrario, ha considerado siempre al hombre como uno en cuerpo y alma, en el cual espíritu y materia se compenentran recíprocamente, adquiriendo ambos, precisamente así, una nueva nobleza. Ciertamente, el eros quiere elevarnos «en éxtasis» hacia lo divino, llevarnos más allá de nosotros mismos, pero precisamente por eso necesita seguir un camino de ascesis, renuncia, purificación y recuperación” (*DCE*, 5).

Si al principio, el amor es “todavía inseguro, en un estadio de búsqueda indeterminada”, la idea bíblica del amor expresa la experiencia del amor que implica un “descubrimiento del otro.” El amor es “como un éxodo permanente del yo cerrado en sí mismo hacia su liberación en el don de sí, y justamente de este modo hacia el auténtico reencuentro de sí mismo, y por ende, hacia el descubrimiento de Dios.” (cf. *DCE*, 6)

Así, *eros* y *ágape* —amor ascendente y descendente— nunca llegan a separarse completamente. Benedicto afirma que: “Cuanto más encuentran ambos, aunque en diversa medida, la justa unidad en la única realidad del amor, tanto mejor se realiza la verdadera esencia del amor en general.” (*DCE*, 7) Las dos manifestaciones de la realidad unitaria del amor nos muestran un patrón de donación y recepción.

Aunque la *“Teología del Cuerpo”* ya expresaba esto, con frecuencia todo el énfasis se ponía en la donación de uno mismo. Benedicto XVI observa que “el hombre tampoco puede vivir exclusivamente del amor oblativo, descendente, sino que debe también recibir. Aquel que quiera dar amor, debe a su vez recibirlo en donación. Es cierto —como nos dice el Señor— que el hombre puede convertirse en fuente de la que manan ríos de agua viva. No obstante, para llegar a ser una fuente así, él mismo ha de beber siempre de nuevo de la primera y originaria fuente que es Jesucristo.” (*DCE*, 7)

En *Amoris Laetitia* (70), el Papa Francisco resume: “Benedicto XVI, en la Encíclica *Deus caritas est*, retomó el tema de la verdad del amor entre hombre y mujer, que se ilumina plenamente sólo a la luz del amor de Cristo crucificado. Él recalca que “el matrimonio basado en un amor exclusivo y definitivo se convierte en el icono de la relación de Dios con su pueblo y viceversa, el modo de amar de Dios se convierte en la medida del amor humano.”

El amor exclusivo y definitivo se experimenta en la nueva y Eterna Alianza – en la celebración de la Eucaristía. La Eucaristía nos adentra en el acto de oblación de sí mismo de Jesús. Las implicaciones de este hecho son sociales: “La unión con Cristo es al mismo tiempo unión con todos los demás a los que él se entrega. No puedo tener a Cristo sólo para mí; únicamente puedo pertenecerle en unión con todos los que son suyos o lo serán. La comunión me hace salir de mí mismo para ir hacia Él, y por tanto, también hacia la unidad con todos los cristianos. ...En el «culto» mismo, en la comunión eucarística, está incluido a la vez el ser amados y el amar a otros como respuesta” (*DCE*, 14)

Esta idea de una dimensión social del amor -mandamiento de amar nuestro prójimo- es importante para la defensa de la familia y la vida humana. En su tercera carta encíclica *Caritas in Veritate*, Benedicto XVI puso de relieve la importancia del amor como principio de vida en la sociedad (cf. n. 44), lugar en el que se experimenta el bien común». Se lamentó de la reducción del sexo a placer o entretenimiento, de las ideas materialistas y las políticas para limitar la familia (políticas de planificación forzada de la natalidad) y del rápido descenso de la natalidad que amenazan el desarrollo económico. El amor auténtico está abierto a la vida. Y sostiene que *la apertura moralmente responsable a la vida representa una riqueza social y económica*.

Como tal, Benedicto recuerda a los Estados que “están llamados a establecer políticas que promuevan la centralidad y la integridad de la familia- fundada en el matrimonio entre un

hombre y una mujer, célula primordial y vital de la sociedad- haciéndose cargo también de sus problemas económicos y fiscales, en el respeto de su naturaleza relacional.” (CiV, 44)

La Iglesia tiene una responsabilidad hacia la familia y la creación. Benedicto afirma: “En efecto, la degradación de la naturaleza está estrechamente unida a la cultura que modela la convivencia humana: *cuando se respeta la «ecología humana» en la sociedad, también la ecología ambiental se beneficia.*” (CiV, 51). El Papa Francisco explora y refuerza esta idea en *Laudato Si*, pero Benedicto hace una contribución significativa al recordar al mundo que “*el problema decisivo es el tenor moral general de la sociedad.*”

El auténtico desarrollo de la Sociedad consiste en la protección de la vida humana y de toda la creación. Quisiera aquí citarle en detalle, por su importancia para todos aquellos involucrados en el movimiento Provida y Profamilia:

“Si no se respeta el derecho a la vida y a la muerte natural, si se hace artificial la concepción, la gestación y el nacimiento del hombre, si se sacrifican embriones humanos a la investigación, la conciencia común acaba perdiendo el concepto de ecología humana y con ello de la ecología ambiental. Es una contradicción pedir a las nuevas generaciones el respeto al ambiente natural, cuando la educación y las leyes no las ayudan a respetarse a sí mismas. El libro de la naturaleza es uno e indivisible: concierne no solo a la vida, sino a la sexualidad, el matrimonio, la familia, las relaciones sociales. En una palabra, al desarrollo humano integral. Los deberes que tenemos con el ambiente están relacionados con los que tenemos para con la persona considerada en sí misma y en su relación con los otros. No se pueden exigir unos y conculcar otros. Es una grave antinomia de la mentalidad y de la praxis actual, que envilece a la persona, trastorna el ambiente y daña a la sociedad.” (CiV, 52)

La “*Teología del Cuerpo*” de San Juan Pablo II nos proporciona una correcta antropología teológica y filosófica, para el entendimiento del hombre y la mujer, de la sexualidad humana y del matrimonio. Esta es la base sobre la que Benedicto XVI se apoya, aclarando los significados del término ‘amor’ y apuntando nuestra responsabilidad social hacia la familia humana y hacia la creación.

Pope Francis: La Familia, realidad y sueño.

El foco pastoral en la familia del Papa Francisco, está arraigado en realidades prácticas más que en ideas abstractas. En *Evangelii Gaudium* escribe:

“Existe también una tensión bipolar entre la idea y la realidad. La realidad simplemente es, la idea se elabora. Entre las dos se debe instaurar un diálogo constante, evitando que la idea termine separándose de la realidad. Es peligroso vivir en el reino de la sola palabra... la realidad es superior a la idea.” (Francis, Apostolic Exhortation *Evangelii Gaudium*, 231)

En esta Exhortación, se fija en la situación actual de las familias, reconociendo que “la familia atraviesa una crisis cultural profunda, como todas las comunidades y vínculos sociales. En el caso de la familia, la fragilidad de los vínculos se vuelve especialmente grave porque se trata de la célula básica de la Sociedad.” (cf. EG, 66)

Francisco reconoce los retos culturales de la familia y los ve como una amenaza directa a la transmisión de la fe. El primer ámbito en el que la fe “ilumina en la ciudad de los hombres es la familia.” La fe, además, ayuda a captar en “toda su profundidad y riqueza la generación de los hijos, porque hace reconocer en ella el amor creador que nos da y nos confía el misterio de una nueva persona.” (cf. Francis, Encyclical *Lumen Fidei*, 29 June 2013, 52)

En perfecta continuidad con Benedicto, Francisco cree que “asimilada y profundizada en la familia, la fe ilumina todas las relaciones sociales”, ayudándonos a reconocer que “cada hombre es una bendición para mí, que la luz del rostro de Dios me ilumina a través del rostro del hermano.” (LF, 54)

Es la fe la que nos ayuda a entender a dignidad única de cada persona, incluida la del no nacido. En su exhortación *Christifideles Laici*, el Papa Juan Pablo II plasmó elocuentemente esta misma idea desde el punto de vista de la fe, “toda violación de la dignidad personal del ser humano grita venganza delante de Dios, y se configura como ofensa al Creador del hombre.” (John Paul II, Apostolic Exhortation *Christifideles Laici*, 30 December 1980, 37)

Francisco, haciéndose eco de la antropología contenida en la “*Teología del Cuerpo*”, escribe en *Evangelii Gaudium* que “esta defensa de la vida por nacer está íntimamente ligada a la defensa de cualquier derecho humano. Supone la convicción de que un ser humano es siempre sagrado e inviolable, en cualquier situación y en cada etapa de su desarrollo. Es un fin en sí mismo y nunca un medio para resolver otras dificultades.” (EG, 213) ¡No es progresista pretender resolver los problemas eliminando una vida humana!

Francisco está ampliamente preocupado por el bienestar del débil y del vulnerable “en cada etapa de su desarrollo.” En su exhortación *Amoris Laetitia*, tras dos sínodos de la familia, observa que el bienestar de la familia es decisivo para el futuro del mundo y el de la Iglesia. (cf. *Francis*, Apostolic Exhortation *Amoris Laetitia*, 19 March 2016, 31). Como dije anteriormente, Francisco es un Papa arraigado a la realidad. Conoce “la realidad de la familia hoy en toda su complejidad, en sus luces y sombras” y reconoce las amenazas que suponen los cambios antropológico-culturales, el individualismo exagerado, la cultura de lo efímero, y el problema de las migraciones. Sobre esta última amenaza a la familia comenta:

“La migración forzada de las familias como consecuencia de situaciones de guerra, persecuciones, pobreza, injusticia, marcada por las vicisitudes de un viaje que a menudo pone en riesgo la vida, traumatiza a las personas y desestabiliza a las familias. El acompañamiento de los migrantes exige una pastoral específica, dirigida tanto a las familias que emigran como a los miembros de los núcleos familiares que permanecen en los lugares de origen.” (AL, 46)

Sin entrar en política, me gustaría decir que el asunto de la migración es un asunto provida y profamilia! El Papa Francisco es un Papa que nos reta. Reta a toda la Iglesia a presentar una visión positiva de la familia. El Santo Padre no se deja llevar por el fatalismo; mas bien entiende la crisis como una oportunidad. Se da cuenta de que “la historia de una familia está surcada por crisis de todo tipo, que también son parte de su dramática belleza. Hay que ayudar a descubrir que una crisis superada no lleva a una relación con menor intensidad, sino a mejorar, asentar y madurar el vino de la unión.” (AL, 232)

Aun así, la tarea de la Iglesia es ayudar a esas parejas -¡a esas familias! Sostiene que las parejas con experiencia y formación deben estar abiertas a ofrecerse como guía, ayudando a que otras parejas no se pongan nerviosas ante las crisis, y a que no caigan en la tentación de tomar decisiones precipitadas. Para que la familia de familia triunfe, es necesario un verdadero esfuerzo.

El Santo Padre ofreció algunas razones por las cuales tanto esfuerzo es necesario. En su encuentro con familias en el estadio Víctor Manuel Reyna en Tuxtla Gutiérrez, durante su viaje apostólico a México, nos dijo:

“Hoy en día vemos, y vivimos cómo, por distintos frentes, la familia está siendo debilitada, cómo está siendo cuestionada. Cómo se cree que es un modelo que ya pasó y que no tiene espacio en nuestras sociedades y que, bajo la pretensión de modernidad, se propicia cada vez más un modelo basado en el aislamiento. Y se van inoculando en nuestras sociedades –se dicen sociedades libres,

democráticas, soberanas—, se van inoculando colonizaciones ideológicas que la destruyen y terminamos siendo colonias de ideologías destructoras de la familia, del núcleo de la familia, que es la base de toda sana sociedad.” (Encuentro con familias, Tuxtla Gutiérrez, 15 February 2016)

Como antídoto de esas inoculaciones, el Santo Padre sugiere un esfuerzo constante por reconocer que “Es cierto, vivir en familia no siempre es fácil, muchas veces es doloroso y fatigoso, pero ... prefiero una familia herida, que intenta todos los días conjugar el amor, a una familia y sociedad enferma por el encierro o la comodidad del miedo a amar. Prefiero una familia que una y otra vez intenta volver ...” (Ibid.).

Arraigado en la realidad, el Papa Francisco reconoce que no existen soluciones rápidas a las amenazas contra la familia, pero cree que, en lugar de simplemente rendirse, hay que fomentar el trabajo duro y el esfuerzo constante. El Santo Padre sueña también con lo que la vida de familia puede llegar a ser.

Escribiendo al Cardenal Kevin Farrell, en preparación del próximo Encuentro mundial de las familias, que se celebrará en Dublín (Irlanda) el Santo Padre describió sus sueños en los siguientes términos:

“¡Cómo mejoraría la vida familiar si cada día se vivieran las tres sencillas palabras “permiso”, “gracias”, “lo siento”! Todos los días experimentamos la fragilidad y la debilidad, y por eso todos nosotros, familias y pastores, necesitamos una humildad renovada que plasme el deseo de formarnos, de educarnos y de ser educados, de ayudar y de ser ayudados, de acompañar, discernir e integrar a todos los hombres de buena voluntad. Sueño con una Iglesia en salida, no autorreferente, una Iglesia que no pase lejos de las heridas del hombre, una Iglesia misericordiosa que anuncie el corazón de la revelación de Dios Amor que es la Misericordia. Es la misma misericordia que nos hace nuevos en el amor; y sabemos cuanto las familias cristianas sean lugares de misericordia y testigos de Misericordia.” (Carta a Su Eminencia D. Kevin Card. Farrell, 25 de Marzo de 2017).

Sí, amigos míos, ustedes son parte de los sueños del Papa para la Iglesia y para nuestro mundo -siendo cercanos a las familias, recibiendo familias en vuestra *casita sagrada* – como el Santo Padre manifestó en la Catedral de la Ciudad de México. Una «Casita» es familiar y al mismo tiempo «sagrada», porque está llena de la grandeza omnipotente. Se pregunta si “Tal vez hemos perdido este sentido de la humilde medida divina, y nos cansamos de ofrecer a los nuestros la «casita» en la cual se sienten íntimos con Dios.” (cf. Discurso del Santo Padre a los obispos de México, del 13 de Febrero de 2016). El Santo Padre sueña con que ustedes abrirán su *casita sagrada* a otras familias, tal y como San Juan Pablo os animó a “¡Abrir las puertas a Cristo!”

Vivimos una era de grandes Papas que han permanecido incansables -como tantos de ustedes- en su defensa de la familia. Reconociendo que nos hallamos reunidos en la frontera para este Congreso Binacional provida y profamilia, concluyo con las palabras que el Santo Padre dirigió los obispos mexicanos, con las que nos habla también a todos nosotros: “Testimonien juntos que la Iglesia es custodia de una visión unitaria del hombre.”

¡Que la Santa Virgen de Guadalupe les proteja y fortalezca en su labor de acompañamiento de las familias por el camino de la vida, que lleva a la Casa del Padre!